

La muerte (imaginaria) de Fidel Castro y el ocaso de la Revolución. Imagen, ideología y política

libretti@noimagen.net

por Ignacio Libretti

investigador en el Centro de Estudios Visuales NOiMAGEN y la Fundación iViCON (Chile)

Resumen

El presente artículo trata sobre la ley que prohíbe el uso de la imagen de Fidel Castro para monumentos y retratos oficiales. Plantea que ésta *sintomatiza* el ocaso de la Revolución Cubana, dadas sus implicancias ideológicas. El problema ideológico se aborda desde Althusser (interpelación de clase), mientras que las problemáticas de la imagen, desde Belting y Brea. Las principales conclusiones del trabajo versan sobre la relación representacional entre *concepción imaginaria*, ideología y política en general.

Palabras clave: ideología, iconoclastia, sujeto, síntoma, representación.

The (Imaginary) Death of Fidel Castro and the Twilight of the Revolution. Image, ideology and politics.

Abstract

This article deals with the law prohibiting the use of the image of Fidel Castro for monuments and official portraits. It argues that this is *symptomatic* of the decline of the Cuban Revolution, given its ideological implications. The ideological problem is discussed with Althusser (class interpellation), while the problematics of the image, with Belting and Brea. The main conclusions of the paper are about the representational relation between *imaginary conception*, ideology and politics in general.

Keywords: ideology, iconoclasm, subject, symptom, representation.

La muerte (imaginaria) de Fidel Castro y el ocaso de la Revolución. Imagen, ideología y política

El 25 de noviembre de 2016 falleció el comandante Fidel Castro, líder histórico de la Revolución Cubana. Siguiendo su última voluntad, el 27 de diciembre del mismo año, la Asamblea Nacional de Cuba aprobó una ley que prohíbe el uso de su nombre para espacios públicos, así como también *la utilización de su imagen para erigir monumentos y retratos en su honor*. Dado que “vivimos con imágenes y entendemos el mundo en imágenes” (Belting, 2007: 14), no puede menos que resultarnos inquietante esta prohibición, aun siendo la última voluntad de Fidel. Nos encontramos ante un *gesto iconoclasta* proveniente de las entrañas del Estado cubano con pretexto en la última voluntad de su máximo líder histórico.

El olvido imaginario conlleva una renovación cultural. Países como China lo ejemplifican vívidamente. Con este gesto iconoclasta, la Revolución Cubana da una clara señal internacional de renovación ideológica. “La iconoclastia funciona como mecanismo de innovación histórica —es decir, como mecanismo de transformación de los valores que continuamente destruye viejos valores e instaura otros nuevos” (Groys, 2012: 57). Por lo tanto, el problema político que suscita dicha ley es totalmente independiente del arbitrio del líder de la Revolución, pues lo que está en juego es la *ideología dominante* en la isla. Siguiendo a Althusser, “una ideología es un sistema (que posee su lógica y su rigor propios) de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos según los casos), dotados de una existencia y de un papel históricos en el seno de una sociedad dada” (Althusser, 1968: 191). La *cuestión representacional* de la imagen es siempre ideológica.

La relación de ideología e imagen es un problema político de gran envergadura. “La imagen es fuerza de archivo que retiene lo capturado para que, fuera de su tiempo propio, pueda de nuevo recuperarse, venir de nuevo a ocurrir. Para que, en realidad, en todo momento persista ocurriendo, suspendido en el tiempo estatizado de la representación” (Brea, 2010: 13). La prohibición material de las imágenes implica la

clausura de sus imaginarios de origen. Éstos resultan condenados a la extinción por inanición simbólica. La iconoclastia representa por antonomasia la disputa política por las imágenes; disputa animada por lo que ellas representan. Históricamente, tales conflictos han llegado a transformarse en *guerras por las imágenes*. Gruzinski nos otorga un buen ejemplo de eso en América Latina (Gruzinski, 1994).

A partir de lo anterior, nos preguntamos: ¿qué *sintomatiza*, en términos ideológicos, la implementación de la ley contra la imagen de Fidel Castro? ¿Qué relación guarda con el proceso de reconstrucción capitalista que atraviesa el régimen cubano hoy en día? ¿Es acaso dicha prohibición el signo definitivo del ocaso de una época marcada por la figura de Fidel Castro? ¿Podrán los recuerdos de las hazañas que encabezó en la isla perdurar sin *soportes* que respalden su autoridad teológico-política en la memoria del pueblo? Para resolver estas interrogantes y otras que de ellas puedan derivar, realizaremos un análisis acerca de los fundamentos ideológicos que acompañaron las diferentes etapas de la Revolución Cubana, desde su triunfo en 1959 hasta nuestros días, vinculándolos con las diferentes *concepciones imaginarias* dominantes en la isla.

Para la clasificación histórica del proceso cubano comenzaremos por la propuesta de Vania Bambirra (1973), para quien la Revolución Cubana tuvo dos fases hasta 1973: a) *fase de revolución democrática* (desde 1959 hasta el primer semestre de 1960) y b) *fase de construcción socialista* (desde el segundo semestre de 1960 en adelante). A dicha clasificación agregaremos una nueva fase de nuestra autoría, que llamaremos provisoriamente c) *reconstrucción capitalista* (desde el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba celebrado el año 2011, hasta la fecha). Cabe señalar que la presente clasificación obedece a una periodización bastante amplia, y que lo relativo a la fase de reconstrucción capitalista define un proceso en curso del cual no tenemos aún las claridades suficientes para señalar su destino.¹

Paralelamente, enlazaremos dicha clasificación por fases con tres acontecimientos imaginarios claves para comprender el sentido ideológico de las imágenes durante el

¹ Esto debido a que el VII Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC) decidió aplazar la discusión en torno a la Conceptualización y Actualización del Modelo Económico y Social cubano, por lo cual solamente podemos remitir a las políticas en acto. Al respecto, véase el Informe Central del VII Congreso del PCC leído por su Primer Secretario, el comandante Raúl Castro (Castro, 2016).

proceso. En el caso de la fase de revolución democrática, nos referiremos a la *ley de prohibición de retratos oficiales*, implementada apenas triunfó la Revolución. En el caso de la fase de construcción socialista, a *la imagen del Che*, forjada cuando cayó en combate. Finalmente, en el caso de la fase de reconstrucción capitalista, *la muerte (imaginaria) de Fidel Castro*, decreto implementado al poco tiempo de su fallecimiento. Dado que nuestro interés central es abordar el imaginario cubano durante las diferentes fases de la Revolución, evitaremos toda reducción mecanicista —económica o política—, enfatizando las transformaciones ideológicas e imaginarias de la formación social cubana durante el proceso. Aclaramos este punto para subrayar el hecho de que las superestructuras ideológicas son de por sí agentes reactivos en sus respectivas formaciones sociales. Funcionan con autonomía relativa sobre la reproducción de las relaciones sociales (Althusser, 2015), siendo las concepciones imaginarias un ejemplo.

Comprendida la relación privilegiada que existe entre imagen e ideología y, a su vez, la relación directa que guarda esta última con la práctica política en general, nos parece de gran interés esclarecer los motivos *reales* de la prohibición material sobre la imagen de Fidel Castro, más allá del discurso oficial. Si bien es cierto que el pueblo cubano guarda un afectuoso recuerdo de Fidel, acompañado de imágenes domésticas que colorean la Plaza de la Revolución en cada fecha especial, el hecho de que el Estado promueva tal restricción, habiéndose servido de la imagen de Fidel Castro en los períodos más aguerridos de lucha antiimperialista, nos parece incoherente con la Revolución. Por eso, consideramos necesario esclarecer los motivos efectivos del gesto iconoclasta; en especial, dada la coyuntura política cubana: restauración de relaciones diplomáticas con Estado Unidos, incorporación de reformas capitalistas para la inversión privada, Conceptualización y Actualización del modelo Económico y Social cubano, tercerización económica, etc.

Nos serviremos del ejercicio de la *lectura sintomática* para hacer hablar a los silencios del discurso oficial, que se ha caracterizado por su mezquindad al momento de explicar los motivos de las decisiones políticas que comunica. La lectura sintomática “descubre lo no descubierto en el texto mismo que lee y lo refiere, en un mismo movimiento, a otro texto, presente por una ausencia necesaria en el primero” (Althusser y

Balibar, 1970: 33). De esa manera, nos libramos del lastre ideológico del discurso oficial según el cual la prohibición obedece, por una parte, a las intenciones individuales de Fidel Castro y, por otra, a la coherencia de un líder modesto que nunca quiso hacerse con el monopolio del crédito por las hazañas de la Revolución.²

Aprovechamos la ocasión para mencionar nuestro rechazo a la *ideología de la dignidad* con la cual las autoridades cubanas justifican tanto su mediocridad al momento de enfrentar el estancamiento del país, como las desviaciones liberales que los acechan. Aunque reconocemos abiertamente nuestra simpatía por la Revolución —y, con ella, la necesidad de su defensa—, no podemos flexibilizar nuestras críticas sólo por temor a parecer sus enemigos. Siendo marxista-leninistas, nuestro deber es esclarecer en qué está fallando *internamente* el Estado y Partido cubanos. “Para el marxismo, la explicación de todo fenómeno es, en última instancia, interna: la “contradicción” interna es “motriz”. Las circunstancias externas actúan, pero por medio del “relevo” de la contradicción interna, a la que sobredeterminan” (Althusser, 1974: 87-88). El gesto iconoclasta contra Fidel Castro funciona como índice ideológico de los problemas teóricos y políticos que aquejan a la Revolución.

La incuestionable actualidad del problema que nos convoca justifica nuestra empresa. Buscamos abrir un debate acerca de los alcances y perspectivas que tiene la relación entre la prohibición material de la imagen de Fidel Castro y el proceso de reconstrucción capitalista de Cuba, en una coyuntura marcada por la amenaza de la Conceptualización y Actualización del Modelo Económico y Social cubano. Dada la disciplina que nos convoca, lo haremos a partir de las relaciones existentes entre imagen, ideología y política. En estricto rigor, la cuestión no es del todo nueva. No olvidemos que cuando la Unión Soviética emprendió el camino hacia la reconstrucción del capitalismo,

² Si nos detenemos un momento en este gesto, podremos descubrir una contradicción flagrante en su constitución. Si Fidel Castro fue un líder tan modesto como el discurso oficial cubano lo proyecta, entonces, ¿por qué supeditar la política imaginaria del Estado, vigente en la historia de la Revolución desde la construcción socialista, a su última voluntad? ¿No estaría entonces el comandante hipotecando los intereses ideológicos del Estado con tal de subrayar su modestia ante el tribunal de la Historia? Si ese fuera el caso, entonces se trataría de *falsa modestia*. Sin embargo, como nuestra lectura procesa la información a través de los fundamentos del marxismo-leninismo, no consideramos que un solo hombre pueda hacer y deshacer a sus anchas, por muy dictatorial que se lo represente. Siguiendo a Lenin (1959: 448), la dictadura no es nunca un ejercicio personal. Siempre se ejerce a través de un grupo social de clase al cual sus políticas representan. Por lo tanto, la respuesta no está allí.

luego del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS (PCUS) en 1956, una de las primeras medidas ideológicas tomadas por la dirección de la camarilla Jruschov fue la supresión de las estatuas y retratos oficiales de Stalin en todo el bloque socialista. El gesto iconoclasta cubano no es nuevo. Tiene antecedentes en la historia del movimiento comunista internacional. A continuación veremos cómo opera en la experiencia cubana.

1. La revolución “democrática, humanista y justiciera” y la prohibición de los retratos oficiales

En el año 1992, con la desintegración de la Unión Soviética fresca y el descrédito absoluto del socialismo a nivel mundial, Tomás Borge, comandante del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), visitó La Habana para conversar en profundidad con Fidel Castro. Entre los varios temas tratados, uno fue el del rol del hombre en la historia, su importancia individual en los procesos revolucionarios y la necesidad de inmortalización de los dirigentes. Al respecto, mirando retrospectivamente la experiencia cubana, Fidel Castro comentó: “una de las primeras leyes de la Revolución —y me pregunto si otros lo han hecho en otras partes— fue prohibir los retratos oficiales” (Borge, 1992: 264). A partir de este comentario, nos preguntamos a qué lógica obedeció dicha prohibición en su contexto particular. La respuesta se encuentra en el problema de la *ideología martiana* y su relación con la revolución “democrática, humanista y justiciera” de Cuba.

En su discurso pronunciado en el Parque Central de Nueva York en 1959, Fidel Castro proclamó la Revolución Cubana como “democrática, humanista y justiciera” (Castro, 1959: en línea). El objetivo político fue claro: terminar con los rumores que calificaban la Revolución de socialista. Siendo estrictos, dichos rumores eran infundados. A pesar de existir corrientes socialistas involucradas en el proceso, la hegemonía la tenían los sectores democráticos y pequeño-burgueses tales como el M-26-7, inspirados por el nacionalismo latinoamericano. “Fidel era, hasta entonces, sencillamente un discípulo de Martí y, como él mismo se auto-define, un humanista. Su evolución al socialismo ocurre junto con la evolución de la revolución de la cual él es, a la vez, la mejor expresión del pueblo cubano, su artífice y su producto” (Bambirra, 1973:

135). La Revolución se propuso ser la continuidad histórica de las hazañas encabezadas por Martí en el año 1868. El Asalto al Cuartel Moncada fue su más reciente expresión.

A pesar de la derrota militar, el Asalto al Cuartel Moncada tuvo como aspecto secundario un triunfo político. Sembró la esperanza revolucionaria en el seno del pueblo cubano. En palabras de Fidel: “el asalto al Cuartel Moncada no significó el triunfo de la Revolución en ese instante, pero señaló el camino y trazó un programa de liberación nacional que abriría a nuestra patria las puertas del socialismo” (Castro, 1976: 27). Sin embargo, Fidel omite un detalle. Además de su programa —formalizado a partir de las consignas esbozadas por Fidel Castro en su defensa judicial (Castro, 2007)—, el Asalto al Cuartel Moncada heredó un componente ideológico clave para el proceso en su conjunto: *la ideología martiana*. Esta une el humanismo rousseauiano con el nacionalismo latinoamericano.

Para Martí, todo acontecimiento político en América Latina debe tener dos fundamentos. Primero, su *localización originaria en el continente*. Esto quiere decir que todo proyecto político que procure gobernar América Latina debe inspirarse en sus condiciones particulares, evitando la importación de modelos foráneos de administración. En sus propias palabras: “el gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país” (Martí, 2002: 17). Segundo, la *humanización de los pueblos originarios de Latinoamérica*. Martí consideraba que, lejos de ser bárbaros, los pueblos latinoamericanos poseían aptitudes suficientes para ser los sujetos políticos de su historia. Por lo tanto, eran capaces de decidir autónomamente su destino.

No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofenda prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recabar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés (Martí, 2002: 17).

La ideología martiana se tradujo en un dispositivo político totalmente endógeno. La inspiración latinoamericanista a rajatabla del Ejército Rebelde implicó una sobrevalorización de las fuerzas propias y, con ello, un desprecio por las experiencias ajenas. Lo anterior era totalmente coherente con el carácter estrictamente nacionalista del proceso durante su primera fase. Sin embargo, el propio Fidel se lamenta por la tozudez reinante durante el período. Particularmente, por los efectos que tuvo cuando comenzó la construcción del socialismo. En el Informe del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC), señala que

la Revolución Cubana no supo, desde el primer instante, aprovechar en el terreno de la construcción del socialismo la rica experiencia de otros pueblos que mucho antes que nosotros emprendieron ese camino. Si hubiésemos sido más humildes, si no nos hubiésemos sobreestimado, si hubiésemos sido capaces de comprender que la teoría revolucionaria no estaba suficientemente desarrollada en nuestro país y que carecíamos realmente de economistas profundos y científicos del marxismo como para pretender realizar aportes realmente significativos a la teoría y la práctica de la construcción del socialismo, habríamos buscado más, con modestia digna de revolucionarios, todo lo que puede aprenderse y aplicarse en las condiciones concretas de nuestro país de aquellas fuentes (Castro, 1976: 103).

Tal error fue predecible. Incluso algunas corrientes del movimiento revolucionario advirtieron la amenaza endógena en curso (principalmente, el Partido Socialista Popular). En aquel entonces, el proceso cubano era hegemónicamente un movimiento de liberación nacional democrático, humanista y justiciero, que miraba con recelo las experiencias ligadas a la dictadura del proletariado. El efecto propio de la ideología martiana sobre los revolucionarios les exigía alejarse del campo socialista, y mirarse solamente a sí mismos. De lo que se trata, entonces, es de la efectividad de la ideología martiana sobre la política de la Revolución durante su primera fase.

Siguiendo a Althusser, "la ideología representa la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia" (2015: 22). Esto quiere decir, en este

caso, que la concepción imaginaria de la Revolución se supeditó a los principios humanistas y latinoamericanistas martianos, fundando así su propio *modelo representacional* endógeno. En tanto democrática, humanista y justiciera, la Revolución Cubana rechazaba todo modelo representacional que atentara contra sus ideales latinoamericanistas de libertad e igualdad. Esta exigencia era transversal a todas las esferas del desarrollo revolucionario. Por supuesto que la política debía supeditarse a ella. “Ni dictadura de hombres. Ni dictadura de clases” (Castro, 1959: en línea). La ideología martiana del sujeto velaba, por una parte, por la unidad continental y, por otra, por el desarrollo del libre arbitrio y la personalidad individual. El internacionalismo proletario no era parte de su proyecto. Sus ideales correspondían al imaginario humanista rousseauiano y al nacionalismo latinoamericano.

Siguiendo los lineamientos hegemónicos de la ideología martiana, la concepción imaginaria del período democrático de la Revolución consideraba totalmente efectiva la existencia individual de la *persona*, y con ella, los peligros que podía acarrear un posible “culto a la personalidad” a través del retrato. Los retratos son imágenes epistémicas (Acaso, 2008: 117). Funcionan como un dispositivo informacional subordinado a propósitos particulares. En el caso del retrato político, dichos propósitos obedecen a la representación del poder. La cuestión jerárquica se revela con fuerza en el uso del retrato político. En el retrato, el ojo humanista martiano veía una forma nociva de culto personal. O sea, una representación despótica del sujeto que amenazaba la individualidad e igualdad. A la revolución democrática en curso correspondía un reconocimiento íntegro de la persona; o sea, la responsabilidad individual del sujeto en cada acto, comprendido como origen y fin de todas sus acciones. Dicho concepto adquirió, durante la primera fase de la Revolución Cubana, un valor teórico. La Revolución era humanista y, como tal, debía evitar toda forma representacional ajena al respeto por la subjetividad individual. La referencia apuntaba directamente contra los países socialistas.

A través de la ley contra los retratos oficiales, el gobierno revolucionario le cerró las puertas a la *iconografía comunista*. En ella, la imagen del líder revolucionario representa los más altos valores de su clase, siendo modelo de obediencia y emulación de masas. En términos marxistas, el retrato comunista no es un ensalzamiento a la

personalidad —concepto *inhallable* en su teoría (Althusser, 1974:69)— sino, más bien, una herramienta ideológica de masas. Cumple funciones formativas y vigilantes. *El retrato comunista es la representación por antonomasia de la otredad proletaria*. Para el marxismo no existe *efectivamente* la personalidad. Sólo es un concepto ideológico de inspiración jurídica propio de la *ideología liberal del sujeto*, que procura ocultar la lucha de clases atribuyendo sus efectos al libre arbitrio. “Las distintas máscaras de las personas no son más que personificaciones de las relaciones económicas, encontrándose unas ante otras en calidad de portadoras de ellas” (Marx, 2000:120). Sin embargo, esto último solamente puede ser visto por el ojo comunista; uno que no llegó a la Revolución sino hasta su fase posterior.

Comprendemos de formas disímiles las mismas imágenes según las directrices ideológicas que conducen nuestros actos-del-ver. Según Brea, “el ojo es un dispositivo de producción cognitiva que tiene que vérselas con algo más que puras formas, con algo más que mera opticalidad retiniana” (2012: 50). He allí la diferencia infranqueable entre el ojo humanista (martiano) y el *a-humanista* (marxista). La imagen solamente es tal en la medida en que posee espectadores que la reconozcan. Por eso, se encuentra sujeta a la *reactividad* de los actos-del-ver. Sin ella, sólo sería un objeto real a-simbólico más y, por lo tanto, no podría considerarse como imagen. En la representación de la imagen se ponen en juego los efectos *atributivos* de la ideología. Por lo tanto, en ella la ideología *sintomatiza*.

Las imágenes inducen determinados modos de imaginar. En el caso de esta primera fase de la Revolución Cubana, fue el humanismo de la ideología martiana quien determinó el curso del imaginario. A pesar de no ser la única ideología presente en la Revolución, fue la dominante. En torno a dicho ideario humanista se erigió *la ideología del sujeto martiano*, que acompañó la primera fase de la Revolución. El rol que cumple la imagen en la formación y reproducción de toda ideología del sujeto es clave. La imagen guarda una relación privilegiada con toda ideología, pues participa activamente en su *deformación imaginaria* constitutiva. Aun en sus respectivas regionalizaciones —estética, política, religiosa, etc.—, la ideología se sirve siempre de imágenes para llevar a término sus representaciones y, con ellas, sus prácticas. En palabras de Althusser: “toda ideología

interpela a los individuos concretos en cuanto sujetos concretos mediante el funcionamiento de la categoría de sujeto” (2015: 229). El meollo de la ideología es siempre la formación de una ideología del sujeto, en la cual participa de forma privilegiada la imaginación. A través de sus prácticas e imágenes, la ideología se materializa y sintomatiza su contenido de clase. Es por eso que el sentido democrático, humanista y justiciero de la Revolución en su primera fase rechazó el retrato. Era una amenaza comunista que contrariaba el impulso humanista martiano.

Sin embargo, al poco tiempo de su triunfo, la Revolución Cubana comenzó a ser objeto del asedio imperialista yanqui y de sus propias contradicciones de clase. El intento de erigir una república democrático-burguesa se hundía, dadas las características radicales de las transformaciones. Cuba se encontró frente a su incapacidad de llevar a término su programa popular dentro de los márgenes de una revolución democrática, viéndose obligada a tomar una nueva posición. “Las tareas democráticas cumplidas se revelaron insuficientes e incapaces de resolver los problemas planteados por el desarrollo revolucionario del país” (Bambirra, 1973: 140). Se cumplía la vieja predicción comunista: en la etapa imperialista del capitalismo, todo movimiento de liberación nacional conduce hacia el socialismo. Con la contrarrevolución sin perspectivas históricas y los paulatinos acercamientos hacia el campo socialista, ya no quedaba más que tomar posición por el proletariado. Fue así como la Revolución Cubana comenzó su fase de *construcción socialista* y, con ella, *la transformación de su concepción imaginaria*.

2. La construcción del socialismo en Cuba y la imagen del Che

En su discurso pronunciado el día 19 de abril de 1962, en homenaje a los caídos de Playa Girón y en conmemoración de la victoria contra la invasión yanqui, Fidel Castro declaró: “¡La Revolución socialista ofrece pan para hoy y más pan para mañana!” (1962: en línea). Dicha frase marcó un antes y un después en la Revolución Cubana. Por primera vez, el gobierno revolucionario declaraba el proceso como *socialista*. A partir de ese momento, el discurso de Fidel se radicalizó. Los ideales democráticos, humanistas y justicieros de antaño fueron incorporados en este nuevo horizonte socialista, sufriendo las transformaciones discursivas pertinentes. El pueblo a secas de la primera fase

revolucionaria, inspirado principalmente por el humanismo rousseauiano y el nacionalismo latinoamericano, cedió su lugar al pueblo *trabajador* de la segunda, de corte internacionalista proletario. Tal y como hiciera Marx (Žižek, 2003: 35 y ss.), el régimen cubano *sintomatizó* su concepción de la humanidad en el proletariado. En esa coyuntura, los sectores comunistas dentro del gobierno comenzaron a ganar posiciones rápidamente. Figuras como Ernesto Che Guevara imponían sus directrices sin escozor ni temor a transgredir ningún tipo de legalidad. Cuba comenzaba así su *dictadura del proletariado*. Esto implicó una transformación radical del Estado y sus aparatos (tanto represivos como ideológicos). Entre ellos, los mecanismos democráticos. La democracia burguesa, en su forma de república presidencial, cedió su lugar a la democracia proletaria, a través de la instauración del Poder Popular. Los elementos reaccionarios de la isla fueron bloqueados con la participación de las amplias masas trabajadoras en el Poder. La que fuera una democracia de inspiración liberal —que para entonces favorecía los intereses de la reacción—, se convirtió en una democracia proletaria, propiciando el dominio revolucionario del pueblo trabajador. Como dijera Lenin, “la ‘democracia pura’ es un embuste liberal que embauca a los obreros. La historia conoce la democracia burguesa, que sucede al feudalismo, y la democracia proletaria, que sustituye a la burguesa” (1959: 455). Cuba iniciaba así su tránsito definitivo al socialismo, excluyendo a la burguesía reaccionaria del proceso.

Para comprender el cambio de fase revolucionaria es necesario mencionar algunos acontecimientos. Primero, *el fin del carácter democrático de la Revolución*. “El carácter democrático de la Revolución Cubana perdura hasta la primera mitad del año 1960. A partir de entonces se empieza a desarrollar un proceso cualitativamente nuevo que se caracteriza por la transformación socialista de Cuba” (Bambirra, 1973: 139). Segundo, *el acercamiento hacia la Unión Soviética y la República Popular de China*. En mayo de 1960, Cuba abre relaciones comerciales y diplomáticas con la URSS y, en septiembre del mismo año, con China. Tercero, *la nacionalización masiva de recursos estratégicos para su desarrollo*. El 6 de agosto de 1960, el Estado nacionaliza las refinerías de petróleo, las empresas de electricidad y teléfono, y treinta y seis centrales azucareras en dominio yanqui. Cuarto, *la formalización definitiva del término de relaciones diplomáticas de*

Estados Unidos con Cuba. “La ruptura con el imperialismo yanqui culmina el 3 de enero de 1961, luego de una serie de etapas intermedias en las cuales el enfrentamiento entre los intereses del gran capital y los del pueblo cubano demuestran como imposible cualquier solución intermedia de conciliación” (Bambirra, 1973: 140). Quinto, *la invasión yanqui a Playa Girón*. El 19 de abril de 1961, Estados Unidos invade Playa Girón, siendo vencido por la resistencia cubana. Sexto, *el comienzo de la unificación revolucionaria en un solo Partido*. En 1961, el M-26-7, el Partido Socialista Revolucionario y el Directorio Revolucionario comienzan un proceso de unificación en un solo Partido de vanguardia, siguiendo los pasos de Martí y Lenin. Séptimo, *la declaración política de principios de Fidel Castro*. En diciembre de 1961, Fidel Castro se declara marxista-leninista, dando cuenta de los cambios propios de la unificación partidaria. Estos siete sucesos, que tuvieron por base la transformación *estructural* de la economía y política cubanas, explican la declaración de la Revolución como socialista en 1962; declaración que, lejos de ser un simple decreto, fue la formalización de un proceso que ya estaba en curso.

Con la construcción del socialismo en la mira, la ideología dominante de la isla debía cambiar. Los ideales martianos eran incompatibles con las directrices propias de la dictadura del proletariado, pues ambos promueven ideologías del sujeto diferentes y, por eso, modelos representacionales distintos. Mientras que para el marxismo *son las masas las que hacen la Historia* (Althusser, 1974: 28), para la ideología martiana —al igual que para toda ideología humanista—, *son los hombres los que hacen la Historia*. En la diferencia conceptual entre *masas* y *hombres* se juega la validez teórica del libre arbitrio y, con él, la representación de la personalidad. Este concepto es de gran relevancia para comprender el sentido del retrato. Como dijimos anteriormente, el ojo ve según los dictámenes de la ideología. Los actos-del-ver nunca son transparentes. Siguiendo a Althusser, “la vista es el efecto de sus condiciones estructurales, la vista es la relación de reflexión inmanente del campo de la problemática con sus objetos y sus problemas” (Althusser y Balibar, 1970: 30).

Mientras el concepto representacional martiano reconoce la validez teórica de la subjetividad individual, el marxismo atribuye toda representación a los intereses de clase. En su pugna contra el humanismo, Marx señaló: “los hombres hacen su propia historia,

pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmiten el pasado” (1955: 250). Con dicha afirmación, Marx procuraba esclarecer que el libre arbitrio es un concepto ideológico —o sea, no-científico— y, por lo tanto, no otorga conocimientos reales de los fenómenos históricos. Para Marx y Engels, “la historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases” (1955: 21). En este horizonte teórico no hay lugar para el mito filosófico del Hombre. “Sólo se puede conocer algo acerca de los hombres a condición de reducir a cenizas el mito filosófico (teórico) del hombre” (Althusser, 1968: 190). Marx se sirvió del ejemplo de Luis Bonaparte para explicarlo, demostrando que su éxito no fue efecto de su personalidad, sino de la alianza de clases sociales que representó.

En paralelo a su *leninización*, el Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba —precedente del Partido Comunista de Cuba—, importó al Estado una ideología sostenida sobre un *modelo representacional estaliniano*. Para éste, el Partido único representa inequívocamente los intereses del proletariado y de las amplias masas populares, siendo sus dirigentes la encarnación máxima de los más altos y heroicos valores de clase. Siguiendo esa lógica, la *ideología del sujeto estaliniano* comprende a cada individuo como representante de su clase. A dicho esquema corresponde una concepción imaginaria a-humanista: *la clasista*. Al proceso de construcción socialista de Cuba correspondió un ojo a-humanista clasista, para el que cada imagen representa un conflicto de clase. *Todo acto-de-ver comunista pone la política en el centro de cada representación*. En este esquema representacional la cuestión de la personalidad resulta superflua.

Hasta 1967, la principal imagen de la isla durante la fase de construcción socialista fue Fidel Castro. Representaba el proceso hecho hombre. “Fidel Castro es la expresión más completa de la revolución condensada en un hombre. Su metamorfosis —del hombre del Moncada al de Playa Girón— es la expresión de la metamorfosis de una clase, es la metamorfosis de la revolución” (Bambirra, 1973: 34). Sin embargo, un trágico acontecimiento cambió todo. Luego de sus múltiples diferencias con el Partido, Ernesto Che Guevara emigra de Cuba y emprende rumbo hacia Bolivia. El 9 de octubre de 1967

es asesinado por militares del ejército boliviano en complicidad con agentes de la CIA. Este acontecimiento enlutó al mundo entero. Cayó el Che, pero sólo físicamente.

El 18 de octubre de 1967, Fidel Castro pronunció un discurso que inmortalizó para siempre la imagen de Ernesto Che Guevara, llevando a efecto la ideología del sujeto estaliniano. En dicho discurso, señaló:

Si queremos expresar cómo aspiramos que sean nuestros combatientes revolucionarios, nuestros militantes, nuestros hombres, debemos decir sin vacilación de ninguna índole: ¡Que sean como el Che! Si queremos expresar cómo queremos que sean los hombres de las futuras generaciones, debemos decir: ¡Que sean como el Che! Si queremos decir cómo deseamos que se eduquen nuestros niños, debemos decir sin vacilación: ¡Queremos que se eduquen en el espíritu del Che! Si queremos un modelo de hombre, un modelo de hombre que no pertenece a este tiempo, un modelo de hombre que pertenece al futuro, ¡de corazón digo que ese modelo sin una sola mancha en su conducta, sin una sola mancha en su actitud, sin una sola mancha en su actuación, ese modelo es el Che! Si queremos expresar cómo deseamos que sean nuestros hijos, debemos decir con todo el corazón de vehementes revolucionarios: ¡Queremos que sean como el Che! (Castro, 1967: en línea).

A partir de la imagen del Che, Fidel Castro materializó la concepción imaginaria de la Revolución Cubana durante su fase de construcción socialista. *Toda imagen inmortaliza en acto*. Supera la muerte a través de la *existencia imaginaria*. Haciendo vista gorda de los problemas políticos que suscitó la partida de Ernesto Guevara y su muerte, el Partido Comunista de Cuba (PCC) —ya había cambiado su nombre en 1965— puso como estandarte de la Revolución al Che, siendo su imagen la punta de lanza de la línea socialista cubana. Por supuesto, su renuncia al Partido suscitó una gran diferencia respecto al sentido originario de la ideología del sujeto estaliniano. Pero el modelo representacional es el mismo. El PCC manipuló la imagen del Che para que pareciese como si nunca hubiera existido diferencia alguna, presentando propagandísticamente su

aventura en Bolivia como la continuidad histórica de las directrices políticas del Partido y la Revolución. Junto a él, también se erigió la imagen inmortal del capitán Camilo Cienfuegos, ilustre humanista y destacado jefe militar, quien representó, en la tríada Castro-Guevara-Cienfuegos, el rol de mentor revolucionario. Su grado de capitán no era anecdótico.

Para comprender cómo operó el modelo representacional estaliniano en la construcción de la imagen del Che, debemos tener presente algo elemental: “una imagen no es la realidad” (Acaso, 2008: 34). Lo que el pueblo cubano fundió en los retratos y monumentos al Che fue su mayor símbolo clasista, representante por antonomasia del modelo de Hombre Nuevo. No es un retrato familiar de uso privado. Es una construcción social ajena a personalismos, que descansa en conceptos comunistas como la emulación, solidaridad, combatividad, abnegación, etc. La imagen del Che no es Ernesto Guevara de la Serna, como tampoco la imagen del camarada Stalin era Iósif Vissariónovich Dzhugashvili. “Las imágenes devienen símbolos y, al mismo tiempo, máscaras de las informaciones inmateriales” (Belting, 2012: 84). En ambos casos, se trataba del modelo de Hombre Nuevo a seguir. Cuando los pioneros cubanos clamaban a coro con Fidel: “seremos como el Che”, se referían a la imagen revolucionaria que su pueblo construyó, no al doctor nacido en Argentina.

Como sucede con toda producción, la imagen del Che fue resultado de un proceso que contempló materia prima, herramientas de elaboración y un producto transformado. La *materia prima* fue la participación de Ernesto Guevara en la Revolución Cubana y en las misiones internacionalistas en África. Las *herramientas de elaboración* fueron la ideología del sujeto estaliniano y su respectivo modelo representacional de clase. Finalmente, el *producto transformado* fue lo que conocemos como el Che: el modelo imaginario de Hombre Nuevo a emular por los revolucionarios del mundo entero. La figura del Che es la representación del *héroe de masas* en América Latina.

Si ha de existir una característica distintiva en la imagen del Che sobre otras expresiones históricas de la ideología del sujeto estaliniano es la importancia de la juventud para el proceso revolucionario. *El Che le dio rostro de juventud a la Revolución*. En sus propias palabras: “la arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud; en ella

depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera" (Guevara, 1978: 24). *La imagen del Che fue sinónimo de una renovación histórica de la imagen de los revolucionarios.* Hasta entonces, la imagen dominante en el seno del movimiento comunista internacional obedecía al modelo estaliniano clásico, para el cual los viejos dirigentes del proletariado son quienes mandan en la Revolución. Una rápida revisión histórica lo corrobora: Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao Tse-tung, etc. Como vemos, cuadros mucho más longevos que Guevara. Con la imagen del Che, la juventud se puso en el *centro imaginario* de la Revolución. No es de sorprender que la renovación de la izquierda en América Latina tuviera como estandarte su imagen, y a la Revolución Cubana como paradigma. Por supuesto, dicha juventud no era hegemónicamente proletaria. Tal y como sucediera con el M-26-7, fue la pequeña-burguesía quien tomó las armas en América Latina, siendo la imagen del Che su inspiración central.

La imagen tiene un potencial *teológico-político* ligado a la *obediencia*. A cada imagen política corresponde un tipo particular de obediencia. Los actos-del-ver se complementan con los mandatos que evocan las imágenes en acto, produciéndose así una *relación imaginaria* de características simbióticas. Dicha relación imaginaria posee *efectos de realidad*. El entramado imaginario que sostiene esa relación no puede explicarse a partir de la percepción de sus elementos aislados. Como dice Belting, "una imagen es más que un producto de la percepción. Se manifiesta como resultado de una simbolización personal o colectiva" (2007: 14). Un buen ejemplo es el retrato. *El retrato no es una imagen documental, sino interactiva.* En eso descansa su carácter epistémico. El ojo humanista comprende el retrato de forma diferente al ojo a-humanista. Aun así, existen elementos propios de la *forma-retrato*, su materialidad, que suscitan posiciones diferentes sobre su empleo. He allí el potencial teológico-político de las imágenes. Las ideologías pugnan por las imágenes procurando apropiárselas. La estrategia iconoclasta revela así su función teológico-política en la guerra por las imágenes.

La imagen del Che implicaba una obediencia ligada con la moral revolucionaria y la lucha armada. Para el Che, perpetuar en la vida cotidiana la actitud heroica era una tarea ideológica fundamental (Guevara, 1978: 6). Dicha concepción de heroicidad

comprendía la abnegación como fundamento. Con la figura del Che, el *comportamiento revolucionario* asumió una dimensión objetiva, independiente de todo voluntarismo. Para Fidel, el Che “constituyó por sus virtudes lo que puede llamarse un verdadero modelo revolucionario” (Castro, 1967: en línea). Su figura era ideal para los propósitos políticos del Estado y del Partido. La cuestión del trabajo voluntario lo confirma. El Che utilizaba sus días libres para realizar trabajo voluntario tanto en las industrias como en el campo. Su imagen de hombre aguerrido sin camisa ni cansancio representaba vívidamente los valores que buscaba inducir el Estado para la construcción socialista. La *performática* del Che, como también la de Fidel en sus discursos de horas en la Plaza de la Revolución, fue clave en su imagen de Hombre Nuevo.

Sin embargo, la muerte de Ernesto Che Guevara implicó también un cambio en la correlación de fuerzas al interior del PCC. Aunque mucho más débil que en la fase democrática de la Revolución, la ideología martiana aún continuaba influyendo en el proceso; en especial, sobre sus dirigentes. Aunque declarado marxista-leninista, Fidel Castro conservaba fuertes resabios de la ideología martiana. Lo mismo sucedía con el resto de las autoridades del Partido. El Estado enseñaba a la juventud las citas célebres de Martí como axiomas de combate. Martí se negaba a dejar la Plaza de la Revolución. En dicha coyuntura, no es de sorprender el acercamiento ideológico hacia el *humanismo socialista* de la Unión Soviética. Con la muerte del Che, la opción de seguir el verdadero camino socialista, entonces representado por experiencias como la República Popular de China y la República Popular Democrática de Corea —ambos países visitados por Guevara—, perdió terreno. Ese terreno lo ganó la influencia de la URSS. *El humanismo socialista, preconizado por los soviéticos luego del XX Congreso del PCUS, empalmó con los resabios del humanismo martiano, hegemonizando la línea política del PCC desde comienzos de los años setenta.* De esa manera, aunque la figura del Che siguió siendo baluarte inspirador de las hazañas revolucionarias, perdió su significación plenamente clasista, acentuándose su carácter jovial.

Nuevamente el ojo humanista miraba con holgura los acontecimientos de la isla. Esta vez, asediado por el revisionismo soviético. A pesar de los intentos independentistas cubanos, la dependencia económica hacia la URSS implicaba necesariamente una

dependencia política. Fue así como la imagen del Che comenzó un proceso paulatino de neutralización oficial, pasando de ser la imagen del revolucionario comunista dispuesto a todo por instaurar la dictadura del proletariado, a ser la imagen del hombre ejemplar a secas. En ese sentido, la influencia del revisionismo soviético fue letal. Además de las trabas propias para el desarrollo económico de la isla —evidentes en sus “incentivos” hacia la monoproducción de caña de azúcar—, la URSS influyó nocivamente en el desarrollo ideológico de Cuba. El empalme entre humanismo martiano y humanismo socialista neutralizó la imagen clasista del Che. En Cuba sonaba nuevamente “la canción humanista” (Althusser, 1974:53), pero esta vez orquestada por el revisionismo soviético. De esa manera llegamos hasta la última fase de la Revolución: una precedida por un estancamiento social similar al de la URSS con Breznev.

3. La fase de reconstrucción capitalista y la muerte (imaginaria) de Fidel Castro

El 25 de diciembre de 1991, en un discurso televisado, Gorbachov admitió oficialmente la disolución de la URSS. Acto seguido, desapareció su bandera del Kremlin y fue izada la tricolor de Rusia. Terminaba así el ciclo de desastres ocasionados por el revisionismo soviético.

Este hecho no pasó inadvertido para nadie, menos aún para Cuba. Ante la desintegración del bloque socialista, las inquietudes respecto a la continuidad del proceso revolucionario se agudizaron. El estancamiento social del período monoprodutor se encontró frente a la bancarrota del bloque socialista. En ese sentido, la desintegración de la URSS no impactó solamente en términos económicos, sino también políticos e ideológicos. El descrédito internacional del socialismo influyó nocivamente en la moral revolucionaria del pueblo cubano. Para peor, con el fracaso del revisionismo soviético, su modelo económico basado en la exportación de la caña de azúcar se vio ante su inminente final.

Sin la Unión Soviética de pie y con el bloqueo imperialista a cuestas, Cuba estaba obligada a cambiar su modelo productivo. Fue así como, desde comienzos de los noventa, la economía cubana sufrió un duro revés en lo que a fases revolucionarias respecta. La creciente tercerización echó las raíces para iniciar un proceso de

reconstrucción capitalista inédito en la isla. El desarrollo de los sectores ligados al turismo y venta de servicios adquirieron un rol preponderante en la economía nacional. Acompañando dichos cambios, la inversión extranjera y la pequeña empresa local (cuentapropistas) encontraron grandes incentivos para desarrollarse.

Siguiendo esa ruta fue como, en el año 2011, el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba impulsó algunas leyes para iniciar el *proceso de integración mundial*. Entre ellas, la flexibilización de la ley de inversiones extranjeras, el fomento de la inversión no-estatal, la liberalización de la tenencia de divisas extranjeras y la aceptación del envío de remesas, entre otras. Cuba iniciaba así su proceso de reconstrucción capitalista. Esto exigía ciertos ajustes ideológicos y, por tanto, de imaginario.

La prohibición de retratos, monumentos y estatuas de Fidel Castro, así como también el uso de su nombre para espacios públicos, se condice con los ajustes ideológicos que buscaban garantizar el éxito de la fase de reconstrucción capitalista de Cuba. Cada imagen política suscita un determinado modo de obediencia y emulación. En este sentido, la imagen de Fidel Castro es incompatible con la forma que asumió el proceso de reconstrucción capitalista en la isla y, particularmente, con el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Estados Unidos. La imagen de Fidel evoca los períodos más agueridos de lucha antiimperialista de Cuba. Su discurso carismático, traje verde olivo y barba guerrillera, se transformaron en símbolos de la lucha de los pueblos oprimidos contra la agresión imperialista. Eso lo tenía claro la CIA. En el Informe de la Comisión del Senado de EE.UU. de 1967 sobre los planes de la CIA contra Fidel, citado en el Informe al Primer Congreso del PCC, podemos leer:

En el período de marzo de 1960, durante el último año de la administración Eisenhower, la CIA estudió planes con vistas a socavar la simpatía carismática de Castro por medio del sabotaje contra sus discursos. Según el informe de 1967 del Inspector General de la CIA, un funcionario de la División de Servicios Técnicos recordó haber discutido un plan para rociar el estudio de televisión de Castro con un agente químico que producía efectos similares al LSD, pero se había rechazado dicho plan por no ser un agente químico confiable. Durante este

período, la División de Servicios Técnicos impregnó una caja de tabacos con una sustancia química que producía desorientación temporal, con la amenaza de lograr que Castro se fumara uno de los tabacos antes de pronunciar un discurso. El Inspector General también informó de un plan para destruir la imagen de Castro como “El Barbudo” espolvoreando sus zapatos con sales de talio, depilatorio fuerte que haría que se le cayera la barba. Se aplicaría este depilatorio durante un viaje fuera de Cuba. La División de Servicios Técnicos obtuvo la sustancia y la probó con animales, pero aparentemente abandonaron el plan porque Castro canceló el viaje (Castro, 1976: 192-193).

La renovación impulsada por el VI y VII Congresos del Partido Comunista de Cuba resulta incompatible con el imaginario rebelde que Fidel representa. En términos *performáticos*, Castro encarnaba al pueblo cubano unido contra el imperialismo yanqui. Los múltiples registros existentes de sus discursos en la Plaza de la Revolución confirman la política *imaginaria* cubana de lucha antiimperialista.

El anhelo de *integración mundial* demanda de modelos ideológicos más flexibles simbólicamente que los representados por el Che y Fidel. Raúl Castro es intransigente en su lucha contra los principios “obsoletos” en el Partido, pues considera que impiden la modernización del Estado. En su Informe Central al VII Congreso del PCC, en referencia al Plan Nacional de Desarrollo y su Conceptualización, señaló: “El obstáculo fundamental que hemos enfrentado, tal y como previmos, es el lastre de una mentalidad obsoleta, que conforma una actitud de inercia o de ausencia de confianza en el futuro” (Castro, 2016: en línea). Lo anterior se complementa con su disposición política hacia Estados Unidos y el mundo: “sin menospreciar en lo más mínimo el obstáculo que en este sentido significa el bloqueo norteamericano y su aplicación extraterritorial, se requiere dejar atrás prejuicios arcaicos respecto a la inversión extranjera y avanzar resueltamente en la preparación y concreción de nuevos negocios” (Castro, 2016: en línea). Como vemos, su discurso es totalmente opuesto al de Fidel. A diferencia de él, Raúl representa la prudencia de un proceso totalmente cohibido. La modestia de sus palabras y la omisión de problemáticas fundamentales para la tradición marxista —en sus discursos no existe

mención alguna a la lucha de clases ni al comunismo—, evidencian la renovación *performática* del Partido. Que sus discursos sean breves y concisos da cuenta del pragmatismo del Estado cubano.

Detengámonos en la relación política entre imagen y performance. Las imágenes conducen la mirada hacia lugares imaginarios. La *información imaginaria* sólo puede ser codificada por un *complemento ideológico*. “Estamos acostumbrados a completar categorialmente lo siempre fragmentario de los constructos ópticos que nos salen al encuentro en el espacio visual de las imágenes” (Boehm, 2012: 52). Cada discurso de Fidel Castro era una imagen antiimperialista en movimiento. Sus dotes de gran orador de masas los convertían en una performance inspiradora de lucha patriótica y socialista. Al desaparecer tal práctica discursiva, también desaparecen los contenidos que promovía. Las imágenes vuelven presente aquello ausente *en acto*. Dicha presencia está siempre *sobredeterminada*: trae consigo la unidad compleja que hizo de ella la imagen que es, portadora constituida por sus conflictos originarios *reinscritos en cada coyuntura*. Por eso, la imagen de Fidel Castro no tiene cabida en el proceso de reconstrucción capitalista cubano. Esto se debe a sus características particulares.

La reconstrucción capitalista cubana posee tres características distintivas. Primero, *la restauración de relaciones diplomáticas con Estados Unidos*. A pesar de que la vieja política yanqui fracasó, lo cierto es que el modo de restauración de las relaciones no ha implicado logros vitales. Dos ejemplos claros: continúa el bloqueo comercial y económico, y la base militar de Guantánamo sigue ocupada por Estados Unidos. Segundo, *la apertura hacia la inversión y finanzas extranjeras en la economía cubana*. La Ley de Inversión Extranjera y la política de aceptación de divisas foráneas vulneran al pueblo cubano. “Es propicia la ocasión para ratificar, una vez más, la decisión de garantizar los depósitos bancarios en divisas internacionales, en pesos cubanos convertibles y pesos cubanos, así como el efectivo en poder de la población y las personas jurídicas extranjeras y nacionales” (Castro, 2016: en línea). Tercero, *la tercerización de la economía*. Las políticas económicas cubanas velan por la obtención de divisas a partir de la venta de servicios como el turismo y la medicina. “Continúa expandiéndose la exportación de servicios médicos y el turismo, los que aportan más de

la mitad de los ingresos en divisas del país, al tiempo que se reduce el peso específico de las exportaciones tradicionales, golpeadas por la caída de los precios” (Castro, 2016: en línea).

La flaqueza ideológica cubana del período se evidencia en el turismo. El rol preponderante que asumió en la economía propicia los avances del proceso de *socialdemocratización*, que amenaza la continuidad socialista de la Revolución y el carácter comunista del Partido. Dicho proceso tiene cabida por el influjo de la *integración* mundial en la cual el PCC cifra sus esperanzas. La liberalización inherente a la integración mundial manifiesta su fuerza en la tendencia hacia la superación de las barreras nacionales y, con ellas, la determinación soberana de cada Estado. Lamentablemente, Cuba cifró buena parte de su economía en ese área. “Cada hotel que se inaugura es una fábrica más que genera dentro de nuestras fronteras ingresos de exportación muy necesarios para el país” (Castro, 2016: en línea). Este fenómeno se asienta como tendencia dominante.

El problema del turismo en un país socialista es sumamente delicado, dadas sus condiciones particulares. El influjo extranjero sobre la isla encuentra en el turismo una valiosa herramienta de difusión. El turista trae consigo, además de su dinero en divisas extranjeras, su ideología; o sea, su modo de vida, costumbres, valores, intereses y mitos de su clase y cultura. El rol preponderante del turismo en la economía exige su adaptación al consumo internacional. Dicha adaptación pasa en gran medida por lo ideológico. Para satisfacer a los turistas, el pueblo cubano tuvo que ceder lo más hostil de su ideología combativa. Dicha cesión, lejos de ser algo consciente y manipulable, obedece a toda una transformación de la mentalidad nacional. Lo anterior es parte del funcionamiento mismo de la ideología. *Nadie puede servirse de una ideología sin ser a la vez utilizado por ella*. Al respecto, Althusser dice: “los hombres que se sirven de una ideología como un puro medio de acción, una herramienta, se encuentran prisioneros en ella y preocupados por ella en el momento mismo en que la utilizan y se creen sus dueños” (1968: 194). Esto influye directamente en la *concepción imaginaria* cubana.

La imagen guerrillera marcada a fuego por el discurso antiimperialista de Fidel cedió su lugar a una ideología liberalizada, guiada por el respeto internacional y la

valoración del esfuerzo propio. La influencia de la actividad cuentapropista en la isla es acompañada por la revalorización de la actividad individual. Conceptos capitalistas como el esfuerzo propio desplazan a otros socialistas como la emulación. La cuestión de la persona centró nuevamente la atención ideológica. De esa manera, el ojo cubano retomó la senda humanista a secas de sus primeros días; pero, esta vez, precedido por un proceso de estancamiento ajeno a toda esperanza revolucionaria. Nuevamente los cubanos ven *personas* en lugar de *representantes de clase*. Operó una transformación en su *episteme escópica* (Brea, 2012: 47). Esto evidencia un retroceso en el desarrollo de la conciencia revolucionaria en la isla.

A pesar de lo anterior, Cuba no es solamente su Estado ni su Partido. Bien sabemos que el pueblo guarda un afectuoso recuerdo de Fidel, expresado en la proliferación de imágenes que acompañan sus casas, talleres y fábricas. Luego de su deceso, la consigna "Yo soy Fidel" anidó en el pueblo. Sin embargo, ¿qué pasa si su imagen se ve afectada por la supresión paulatina de soportes materiales? ¿Puede acaso sobrevivir en el imaginario sin una política de materialización que la acompañe? Llegamos al problema del *cuerpo* de la imagen.

Cada imagen obedece a un determinado modo de imaginar. Aunque dicho modo posea efectos materiales —particularmente, *efectos de realidad*—, carece de cuerpo propio. Toda imagen necesita *corporizarse* para no desaparecer. En el caso de la prohibición material de la imagen de Fidel, lo anterior indica *la inminente muerte imaginaria del principal dirigente de la Revolución*. A pesar del enorme prestigio del cual goza hasta nuestros días, la política iconoclasta del Estado implica que su figura sólo podrá ser imaginada en términos subjetivos y, por tanto, individuales. De esa manera, la imagen de Fidel vivirá solamente en el recuerdo.

El recuerdo encarna las imágenes a través de medios individuales. En ese sentido, está sujeta a su degeneración por las experiencias personales. "Nuestros cuerpos poseen la capacidad natural para transformar en imágenes y conservar en imágenes los lugares y las cosas que se les escapan en el tiempo, imágenes que almacenamos en la memoria y que activamos por medio del recuerdo" (Belting, 2007: 83). Sin embargo, éstas tienden a degenerar en la medida en que pierden un soporte material de justeza. Por eso es que la

imagen es *promesa de eternidad* (Brea, 2012: 58). Funciona como un *memorial del ser*, que, a partir de su imagen, simula su presencia simbólica en medio de su ausencia física en acto.

Teniendo en consideración el conjunto de argumentos previamente expuestos, junto con sus respectivas ejemplificaciones, es que podemos afirmar que la muerte *imaginaria* de Fidel Castro sintomatiza el ocaso de la Revolución. Sin embargo, ningún proceso es irreversible. Así como el socialismo puede retroceder hacia el capitalismo, también este último puede avanzar hacia aquel. Pero debemos ser sinceros y responsables con nuestra argumentación. Todo parece indicar que la Revolución Cubana sufrirá un gran revés cuando resuelva la Actualización y Conceptualización del Modelo Económico y Social por efecto de las tendencias ideológicas liberales. Dicha discusión será decisiva para el objetivo estratégico que asumirá el proceso de reconstrucción capitalista que atraviesa la isla. Lamentablemente, todos los antecedentes pronostican la socialdemocratización del proceso cubano. Si consideramos la lucha de clases a nivel nacional e internacional, esto último no sorprende. Sin embargo, por ahora, nos limitamos a esbozar el problema y a esperar que los acontecimientos decidan el resto. Nuestro principal objetivo es abrir el debate, no zanjarlo. Las cosas están aún demasiado frescas para ser totalmente categóricos.

Con la muerte imaginaria de Fidel Castro, Cuba cierra su fase de construcción socialista, e inaugura definitivamente su fase de reconstrucción capitalista. Esto último implica un fuerte ajuste general tanto en el modelo representacional como en la concepción imaginaria vigentes en la isla. Como ya pudimos observar, la ideología humanista volvió a tener un papel fundamental en el proceso. Esta vez, desembarazándose del influjo clasista que la asedió previamente. A esto debemos agregar la función que cumplen en dichos reajustes tanto la priorización del modelo económico terciario —en especial respecto al turismo—, como el creciente desarrollo de los cuentapropistas.

El cuentapropismo acarrea una nueva división del trabajo y, por lo tanto, transforma la organización social de Cuba. Debemos prestar atención a los efectos que tendrá en las superestructuras políticas e ideológicas. “Según sean las condiciones de

existencia de la sociedad, las condiciones en que se desenvuelve su vida material, así son sus ideas, sus teorías, sus concepciones e instituciones políticas” (Stalin, 1941: 647). Si el cuentapropismo consigue dotarse de una identidad política partidaria, aunque sea instrumental —como sucedió históricamente con el fascismo—, podría transformarse en una amenaza contra el proceso revolucionario. En ese sentido, el rol que juega el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Estados Unidos es clave; en especial, dado el interés económico norteamericano en la isla. Si el Estado cubano no logra la adhesión de los cuentapropistas, los yanquis podrían aprovecharse políticamente de ellos para generar un poderoso enemigo interno. El hecho de que la estrategia militarista de Washington contra Cuba haya fallado no quiere decir que el imperialismo cesará en sus hostilidades. Sólo cambiarán de forma. Los intereses norteamericanos por tumbar los logros del socialismo en la isla están inscritos en su propia infraestructura.

El estancamiento social que atravesó Cuba durante el período monoprodutor y, en especial, luego de la desintegración de la URSS, fue sumamente nocivo para las corrientes comunistas que defienden los logros de clase del proceso. El descrédito internacional del modelo socialista contribuye al avance de las corrientes derechistas en el seno del PCC. De esa manera, la Revolución es amenazada por la bancarrota capitalista. La lucha de clases se traduce en la pugna ideológica entre modelos representacionales antagónicos. En el caso de las corrientes derechistas, su modelo se basa en la categoría liberal del sujeto. En ella, la persona individual es el centro de todas sus acciones. Tal modelo del sujeto se corresponde con el cuentapropismo.

El lugar del cuentapropista en la nueva división social del trabajo en Cuba provoca que rechace por principio todo modelo representacional de masas, pues atenta contra sus intereses materiales más inmediatos. En tanto ideología del mérito, rehúye al materialismo a-humanista marxista, para el cual los hombres solamente son agentes de las relaciones de producción (Althusser, 1974: 76 y ss.). El concepto de voluntad es clave para comprender su representación de las formaciones sociales. La noción ideológica del esfuerzo propio es uno de sus principales productos. En términos históricos, dicho modelo representacional empalma con la ideología del sujeto capitalista internacional, tal y como la ideología martiana empalmó en otro momento con el humanismo socialista

soviético. Por influjo de la actividad turística, ambas concepciones ideológicas se encuentran, reforzándose. La prensa capitalista habla cada vez más pestes de Cuba y el cubano siente cada vez más interés por visitar Disneylandia. Se quiebra así el sentido socialista de las superestructuras ideológicas cubanas. En este contexto, y a la luz de los hechos, el fantasma del ocaso de la Revolución nos obliga a debatir en torno al rumbo que seguirá el proceso revolucionario. Permitámonos la posibilidad de creer en las fuerzas del pueblo cubano para superar esta crisis sin convertirse nuevamente en el burdel del imperialismo yanqui. Después de todo, el optimismo siempre es revolucionario.

Bibliografía

- Acaso, María. *El Lenguaje Visual*. Buenos Aires: Editorial Paidós SAICF, 2008.
- Althusser, Louis. *La revolución teórica de Marx*. México D.F.: Siglo XXI Editores S.A., 1968.
- . *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores S.A., 1974.
- . *Sobre la reproducción*. Madrid: Ediciones Akal S.A., 2015.
- Althusser, Louis y Balibar, Étienne. *Para leer El Capital*. México D.F.: Siglo XXI Editores S.A., 1970.
- Bambirra, Vania. *La Revolución Cubana. Una reinterpretación*. Santiago de Chile: Editorial Prensa Latinoamericana S.A., 1973.
- Belting, Hans. *Antropología de la imagen*. Buenos Aires: Katz Editores, 2007.
- . "La Idolatría Hoy", en: Otero, Carlos A. (ed.). *Iconoclastia. La Ambivalencia de la Mirada*. Madrid: La Oficina de Arte y Ediciones, S.L., 2012, p. 77-97.
- Boehm, Gottfried. "Iconoclastia. Extinción-Superación-Negación", en: Otero, Carlos A. (ed.). *Iconoclastia. La Ambivalencia de la Mirada*. Madrid: La Oficina de Arte y Ediciones, S.L., 2012, p. 37-54.
- Borge, Tomás. *Un grano de Maíz. Conversación con Fidel Castro*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica S.A., 1992.
- Brea, José Luis. *Las tres eras de la imagen. Imagen-materia, film, e-image*. Madrid: Ediciones Akal S.A., 2011.

—. “Cambio de régimen escópico. Del inconsciente óptico a la e-imagen”, en: Castillo, Alejandra y Gómez-Moya, Cristián (eds.). *Arte, Archivo y Tecnología*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Finis Terrae, 2012, p. 47-73.

Castro, Fidel. *Discurso pronunciado en el Parque Central de New York, Estados Unidos, el 24 de abril de 1959*. La Habana: Versión Taquigráfica de las oficinas del Primer Ministro, 1959. Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f240459e.html>. Consultado en línea: 10 de febrero de 2017.

—. *Discurso pronunciado en homenaje a los mártires caídos en Playa Girón y conmemoración de la victoria contra la invasión mercenaria perpetrada hace un año por Playa Girón y Playa Larga, celebrado en el Teatro “Chaplin”, el 19 de abril de 1962*. La Habana: Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario, 1962. Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1962/esp/f190462e.html>. Consultado en línea: 15 de febrero de 2017.

—. *Discurso pronunciado en la velada solemne en memoria del comandante Ernesto Che Guevara, en la Plaza de la Revolución, el 18 de octubre de 1967*. La Habana: Departamento de versiones taquigráficas del gobierno revolucionario, 1967. Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1967/esp/f181067e.html>. Consultado en línea: 17 de febrero de 2017.

—. *Informe al Comité Central del PCC al Primer Congreso*. La Habana: Imprenta Federico Engels, 1976.

—. *La Historia me absolverá*. La Habana: Editorial de Ciencia Sociales, 2007.

Castro, Raúl. *Informe Central al 7mo Congreso del Partido Comunista de Cuba, leído el 16 de abril del 2016*. La Habana: Versiones taquigráficas del Consejo de Estado, 2016. Disponible en: <http://www.cubadebate.cu/noticias/2016/04/17/informe-central-al-vii-congreso-del-partido-comunista-cuba/#.WL12btThCV4>. Consultado en línea: 21 de febrero de 2017.

Groys, Boris. “La Iconoclastia como Procedimiento: Estrategias Iconoclastas en el Cine”, en: Otero, Carlos A. (ed.). *Iconoclastia. La Ambivalencia de la Mirada*. Madrid: La Oficina de Arte y Ediciones, S.L., 2012, p. 55-75.

Gruzinski, Serge. *La Guerra de las Imágenes. De Cristóbal Colón a “Blade Runner” (1492-2019)*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1994.

Guevara, Ernesto Che. *El Hombre Nuevo*. México D.F.: Cuadernos de Cultura Latinoamericana núm. 20, UNAM, 1978.

Lenin, V.I. "La Revolución Proletaria y el Renegado Kautsky", en: *Contra el Revisionismo*, p. 440-543. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1959.

Martí, José. *Nuestra América*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2002.

Marx, Carlos. "El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en: *Obras Escogidas en Dos Tomos*, tomo I, Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955, p. 246-351.

—. *El Capital*, libro I, tomo I. Madrid: Ediciones Akal S.A., 2000.

Marx, Carlos y Engels, Federico. "Manifiesto del Partido Comunista"; en: *Obras Escogidas en Dos Tomos*, tomo I, Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955, p. 13-55.

Stalin, José. "Sobre el Materialismo Dialéctico y el Materialismo Histórico", en: *Cuestiones del Leninismo*, Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1941, pp. 635-666.

Žižek, Slavoj. *El Sublime Objeto de la Ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores S.A., 2003.